

15.º domingo ordinario A

*Oh, Dios, tú mereces un himno.
Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida. (Sal 64,2.10)*



Primera lectura

Isaías 55,10-11

Esto dice el Señor: Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.

Segunda lectura

Romanos 8,18-23

Hermanos y hermanas: Considero que los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando la hora de ser hijos y hijas de Dios, la redención de nuestro cuerpo.

Evangelio

Mateo 13,1-9

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente, que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: – Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco

cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos ciento, otros sesenta, otros treinta. El que tenga oídos, que oiga.

Meditación

La parábola del sembrador habla de los obstáculos con que tropieza el reino de Dios en su desarrollo terreno. El sembrador de la parábola tira a voleo su semilla. Parte de ella cae en el camino o, más bien, en las sendas hechas por los transeúntes desde la recogida de la última cosecha. Otra parte cae entre abrojos. Al sembrador no le importa mucho porque, acto seguido, pasará el arado que cultivará las sendas endurecidas y arrancará las espinas y malas yerbas que haya en el campo. El terreno "rocoso", no simplemente pedregoso, se halla cubierto de una capa tenue de tierra que dificulta la apreciación de la verdadera clase del mismo.

Con la sementera nace la esperanza, aunque se malogre una parte de la semilla. El parabolista pudo haber mencionado otras múltiples causas que hacen incierta toda labor de sementera. A pesar de todo, el labrador se arriesga y sabe esperar. La parte de semilla perdida, ¿no se halla ampliamente compensada por la otra que llega a dar un 30, un 60 y hasta un 100 por uno? Las cifras son fantásticas, parabólicas. Una buena cosecha en Palestina no suele exceder el 10 por uno. Entre las descripciones poéticas que hace el Antiguo Testamento sobre el tiempo de la salud figura la asombrosa fecundidad del terreno. Y los rabinos de la época de Jesús describían también los tiempos mesiánicos aludiendo a una producción fantástica de la tierra, que evocaba los días del paraíso. Cristo utilizó la misma imagen. Y hace recaer el acento parabólico no en la semilla que se pierde, sino en la gran cosecha que se logra y que supera todo cálculo previsible. Lo mismo ocurre con el reino de Dios. Sus comienzos no son halagüeños pero, por tratarse de una sementera divina, se logrará una gran cosecha.

El sembrador de la Palabra tropezaba con una serie de dificultades que parecían ahogar toda humana esperanza: superficialidad indiferente de los oyentes, su positiva adversidad frente al Reino, su inconstancia ante las exigencias de la fe.

La interpretación de la parábola – probablemente posterior a la misma – pone de relieve las dificultades con que tropieza la Palabra. Se desplaza el acento parabólico. Ya no es la gran cosecha lograda lo que se pone en primer plano, sino la semilla perdida. El fruto se halla condicionado por las disposiciones y actitud humana ante la Palabra. Fructifica en proporción directa a la calidad del terreno, a las diversas disposiciones de los oyentes.

La parábola expone la verdadera naturaleza del Reino. Los tres obstáculos que encuentra para que la semilla alcance su período de madurez significan simplemente que una parte más o menos grande de la semilla se pierde. A pesar de todo, el labrador logra una gran cosecha: el reino de Dios se establece en la tierra con un éxito desproporcionado a sus comienzos humildes y adversos. A pesar del fracaso aparente del Reino, de la predicación y del mensaje cristianos, el poder de Dios logrará que la esperanza del sembrador se vea colmada con abundante cosecha. ¿Donde? Esto dependerá de las disposiciones de los oyentes de la Palabra.

15.º domingo ordinario A

*Oh, Dios, tú mereces un himno.
Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida. (Sal 64,2.10)*



Primera lectura

Isaías 55,10-11

Esto dice el Señor: Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.

Segunda lectura

Romanos 8,18-23

Hermanos y hermanas: Considero que los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando la hora de ser hijos y hijas de Dios, la redención de nuestro cuerpo.

Evangelio

Mateo 13,1-23

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente, que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: – Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos ciento, otros sesenta, otros treinta. El que tenga oídos, que oiga. Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: – ¿Por qué les hablas en parábolas? Él les contestó: – A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver, y escuchan, sin oír ni entender.

Así se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure". Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros oíd lo que significa la parábola del sembrador: Si uno escucha la palabra del Reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y, en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, sucumbe. Lo sembrado en zarzas significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno.

Meditación

La parábola del sembrador habla de los obstáculos con que tropieza el reino de Dios en su desarrollo terreno. El sembrador de la parábola tira a voleo su semilla. Parte de ella cae en el camino o, más bien, en las sendas hechas por los transeúntes desde la recogida de la última cosecha. Otra parte cae entre abrojos. Al sembrador no le importa mucho porque, acto seguido, pasará el arado que cultivará las sendas endurecidas y arrancará las espinas y malas yerbas que haya en el campo. El terreno "rocoso", no simplemente pedregoso, se halla cubierto de una capa tenue de tierra que dificulta la apreciación de la verdadera clase del mismo.

Con la sementera nace la esperanza, aunque se malogre una parte de la semilla. El parabolista pudo haber mencionado otras múltiples causas que hacen incierta toda labor de sementera. A pesar de todo, el labrador se arriesga y sabe esperar. La parte de semilla perdida, ¿no se halla ampliamente compensada por la otra que llega a dar un 30, un 60 y hasta un 100 por uno?

Las cifras son fantásticas, parabólicas. Una buena cosecha en Palestina no suele exceder el 10 por uno. Entre las descripciones poéticas que hace el Antiguo Testamento sobre el tiempo de la salud figura la asombrosa fecundidad del terreno. Y los rabinos de la época de Jesús describían también los tiempos mesiánicos aludiendo a una producción fantástica de la tierra, que evocaba los días del paraíso. Cristo utilizó la misma imagen. Y hace recaer el acento parabólico no en la semilla que se pierde, sino en la gran cosecha que se logra y que supera todo cálculo previsible. Lo mismo ocurre con el reino de Dios. Sus comienzos no son halagüeños pero, por tratarse de una sementera divina, se logrará una gran cosecha.

El sembrador de la Palabra tropezaba con una serie de dificultades que parecían ahogar toda humana esperanza: superficialidad indiferente de los oyentes, su positiva adversidad frente al Reino, su inconstancia ante las exigencias de la fe.

La interpretación de la parábola – probablemente posterior a la misma – pone de relieve las dificultades con que tropieza la Palabra. Se desplaza el acento parabólico. Ya no es la gran cosecha lograda lo que se pone en primer plano, sino la semilla perdida. El fruto se halla condicionado por las disposiciones y actitud humana ante la Palabra. Fructifica en proporción directa a la calidad del terreno, a las diversas disposiciones de los oyentes.

La parábola expone la verdadera naturaleza del Reino. Los tres obstáculos que encuentra para que la semilla alcance su período de madurez significan simplemente que una parte más o menos grande de la semilla se pierde. A pesar de todo, el labrador logra una gran cosecha: el reino de Dios se establece en la tierra con un éxito desproporcionado a sus comienzos humildes y adversos. A pesar del fracaso aparente del Reino, de la predicación y del mensaje cristianos, el poder de Dios logrará que la esperanza del sembrador se vea colmada con abundante cosecha. ¿Dónde? Esto dependerá de las disposiciones de los oyentes de la Palabra.